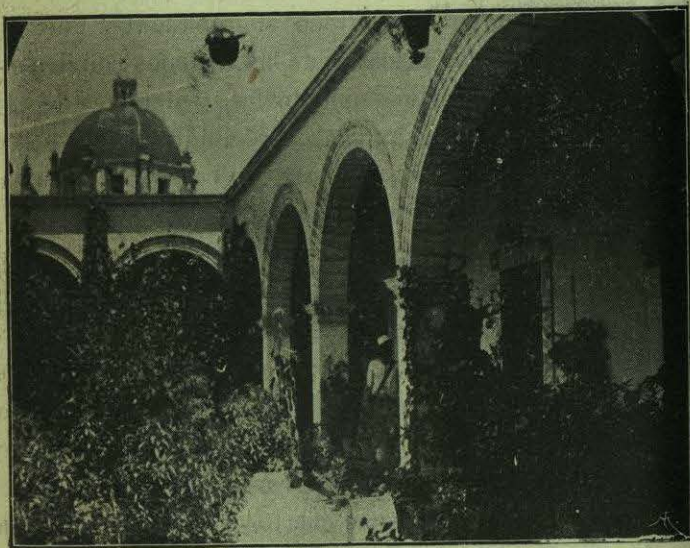


Hidalgo se aproximaba, y el intendente mandó tocar generala, con la que se reunió el pueblo y con los paisanos y tropa, salió por la cañada al encuentro del enemigo, teniendo que regresarse porque nada había; pero como en aquella expedición observara el intendente que el entusiasmo que la plebe había manifestado al principio, ya no era el mismo, y más bien manifestaban tendencias de unirse á Hidalgo, varió su plan de defensa, resolviéndose á encerrarse en la Alhóndiga donde creyó poder permanecer seguro, mientras le llegaban auxilios del virrey ó de Calleja.

En la noche del día 24, sin haber comunicado á nadie su resolución, hizo conducir á la Alhóndiga, todos los archivos y caudales públicos que ascendían á más de seiscientos veinte mil pesos en moneda acuñada y barras de plata y oro; dispuso se acuartelaran dentro de aquel edificio toda la tropa y los vecinos armados, y mandó quitar las trincheras de las calles y cegar los fosos.

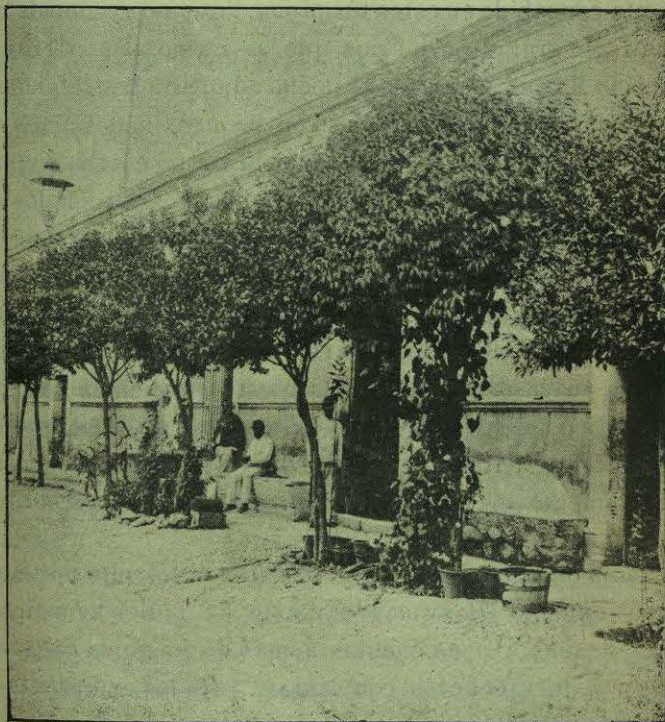


DOLORES. CASA DEL PADRE SACRISTÁN
DON FRANCISCO BUSTAMANTE. (HOY HOSPITAL).

El Ayuntamiento no estuvo conforme con esta disposición del intendente y le suplicó que desistiese de su idea; pero por más que á ello le instaron, él insistió en su propósito manifestándole al Ayuntamiento que por ningún motivo saldría de

la Alhóndiga porque sólo ahí consideraba seguros los caudales reales que tenía el deber de custodiar y que la ciudad se defendiera como pudiera.

Había en la Alhóndiga más de cinco mil fanegas de maíz y á éstas se agregaron la gran cantidad de víveres que hizo conducir allí el intendente, con lo que había suficiente para sostener un prolongado sitio. Se llevaron también veinticuatro molenderas para el servicio de los defensores y tanto españoles como criollos llevaron su dinero, barras de plata y alhajas, á depositarlos en la Alhóndiga, donde los creían más seguros, y con todos estos caudales y los del rey, se calcula en cinco millones lo que se encerró en aquel edificio. Se mandaron fortificar las calles que conducían á él y se dispuso todo cuanto pareció necesario para la defensa.



DOLORES. LA CÁRCEL DE DONDE SACÓ LOS PRESOS HIDALGO
LA MADRUGADA DEL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1810

El día 28 á las once de la mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belén á la Alhóndiga, D. Ma-

riano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de coronel, y el segundo de Teniente coronel acompañados de dos dragones y dos criados con lanzas, y allí entregaron el pliego y la carta de Hidalgo, cuyo contenido conocen ya nuestros lectores;¹ el intendente, por medio del Teniente Letrado, mandó decir que era necesario esperar la respuesta por tener que consultar antes de darla, lo que oído por Abasolo, se marchó en el acto, dejando á Camargo que esperara la respuesta, y éste pidió permiso para penetrar en el fuerte por que tenía que hablar en lo verbal, y habiéndoselo concedido, lo llevaron desde la trinchera con los ojos vendados á usanza de guerra hasta que llegó á la pieza donde debía estar y allí se le quitó la venda y estuvo conversando con el Teniente Letrado don Francisco Iriarte y otros individuos, en cuya compañía comió y luego fue despachado con la contestación del intendente concebida en estos términos: "que no reconocía más Capitán general de América que al Exmo. Sr. virrey D. Francisco Xavier Venegas, ni podía admitir otra reforma en el Gobierno que la que se hiciese en las próximas Cortes que estaban para verificarse, y que en esta virtud estaba dispuesto á defenderse hasta lo último, con los valerosos soldados que lo acompañaban," firmando con tal serenidad, como si despachara un correo ordinario. Al pie del oficio contestó la carta particular al Sr. Hidalgo diciéndole: "que la diferencia de modos de pensar no le impedía darle las gracias por su oferta y admitirla en caso necesario." Con esto despachó á Camargo y él se dedicó á disponer lo necesario para la defensa, y entretanto la plebe, sentada en las calles y en los cerros, esperaba tranquilamente los sucesos, como quien espera una diversión.

A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército por la calzada, compuesto en su mayor parte de indios armados de hondas, flechas, y unas cuantas armas de fuego; la caballería compuesta de rancheros con lanzas, espadas y machetes y los soldados del Regimiento de la Reina y el de infantería provincial de Celaya, formando todos un total como de veinte mil hombres.

1. Alamán niega que en esa intimación hablara Hidalgo de Independencia; pero yo he seguido en esta parte á Dn. Carlos M^o Bustamante, por que éste tuvo á la vista el borrador de ella que conservaba Camargo.

Los europeos que estaban en la hacienda de plata de Dolores, la que tenía una puerta de comunicación con la Alhóndiga, fueron los primeros en disparar sobre los indios que se aproximaban matando á tres de ellos, lo que hizo que éstos se dividieran en dos trozos, parte de los de á pie y caballería tomó por detrás del Pardo para subir al cerro de San Miguel, bajando los primeros por el Venado y los segundos por la calzada de las carreras, y el otro trozo, todos de á pie, tomó por detrás de las flores para subir al cerro del cuarto. Por todas partes se veían flamear banderas de diversos colores con una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Los de á pie tomaron posesiones en las azoteas y en los cerros inmediatos, mientras otros bajaron al río á quebrar piedras las que se llevaron en abundancia para que las utilizaran como proyectiles los honderos. Los fusileros se situaron en el cerro del Cuarto, que sólo está separado de la Alhóndiga por el ancho de la calle, y comenzó la batalla con tal furor, que no se oía por todas partes más que el estallido de las armas de fuego, el silbido de las balas y una infernal gritería que hacía más horroroso aquel cuadro. La plebe se unió á los asaltantes y en menos de tres cuartos de hora tomaron la trinchera.

Como á las dos de la tarde, el centinela que estaba en la puerta de la Alhóndiga se fugó, dejando abandonado el punto, y como el intendente lo notara, tomó un fusil y se puso á hacer de centinela disparando su arma de cuando en cuando, no obstante de estar herido de una pedrada que recibió en la cara. Un cabo del regimiento de Celaya preguntó que quién era aquel soldado tan decente y le dijeron que era el intendente, á lo que replicó: "pues voy á matarlo," y haciendo puntería disparó con tal tino, que le metió la bala arriba del ojo izquierdo.¹

Luego que murió el intendente, se cerró la puerta, y de las ventanas y la hacienda de Dolores se hacía un fuego muy vivo sobre los insurgentes y la plebe que pretendían minar y dar barrenos al edificio y quemar las puertas, y aunque morían muchísimos eran prontamente reemplazados por otros.

Hidalgo, que desde que comenzó la acción no había cesado de recorrer su línea, montado á caballo y empuñando una pistola,² llegó en aquel momento frente á la puerta y compren-

1 Bustamante. Cuadro histórico.

2 Licéaga, obra citada.



VISTA EXTERIOR DE GRANADITAS.

diendo que sin incendiar ésta sería impotente todo esfuerzo que se hiciera para tomar el castillo, se dirigió á un barrete-ro que capitaneaba un grupo de plebe, diciéndole: "*Pípila, la patria necesita de tu valor: ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?* La empresa es arriesgada, pues es necesario poner el cuerpo en descubierto á una lluvia de balas; *Pípila*, este lépero comparable con el carbonero que atacó la Bastilla en Francia, dirigiendo la operación que en breve redujo á escombros aquel apoyo de la tiranía, sin titubear dijo que *sí*. Tomó al intento una losa ancha de cuartón de las muchas que hay en Guanajuato, púsose la sobre su cabeza afianzándola con la mano izquierda, para que le cubriese el cuerpo, tomó con la derecha un ocote encendido, y casi á agatas marchó hasta la puerta de la Alhóndiga, burlándose de las balas enemigas. No de otra manera obra un soldado de la décima legión de César, reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo y practicando la evolución llamada de la tortuga *¡Pípila!* tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano, tú, cubierto con tu losa y armado con una tea, llamarás la atención de las edades venideras y recibirás el voto que se merece el valor denodado; quisiera tener la pluma hermosa de Plutarco para pregonarte como uno de sus

héroes; recibe sin embargo de mi pobreza, el voto de mi corazón agradecido." ¹

Al ver arder la puerta, Berzábal reunió los soldados de su cuerpo y mandó hacer una descarga sobre la multitud y, aunque murieron muchos de los asaltantes, éstos penetraron en tumulto al edificio pasando sobre los muertos y arrollando cuanto encontraban al paso: Berzábal se retiró á un ángulo del patio y siguió haciendo resistencia hasta que, muerto él y sus oficiales, terminó el combate y los insurgentes quedaron dueños del fuerte y se entregaron á la matanza matando á la mayor parte de los que allí se encontraban y los pocos que quedaron con vida, desnudos y heridos los más, los llevaron amarrados á la cárcel que estaba vacía, por haber puesto en libertad á los presos que en ella había.

Las casas de los españoles, lo mismo en la ciudad que en las minas, fueron saqueadas y fue aquello un desorden espantoso, que llenó de consternación á los habitantes, pues no había poder que pudiera contener á los indios y la plebe desenfrenados, pues ni el bando que publicó Hidalgo el domingo 30, pudo ponerlos en orden, porque no hubo quien lo obedeciera; en ese mismo decía que se reconocieran por Alcaldes Ordinarios á don José María Chico y don Miguel Llorente que habían sido electos por el cabildo.

Siguió Hidalgo nombrando autoridades y empleados; nombró Intendente al Regidor Alférez Real don Fernando Pérez Marañón, quien no quizo aceptar el cargo, el que tampoco aceptaron los Regidores, don José María Septián, don Pedro Otero y el administrador de Valenciana don Casimiro Chovel, hasta que por fin lo aceptó el administrador de Tabacos don José Francisco Gómez con el grado de Brigadier, y el de Teniente Letrado el Lic. don Carlos Montesdeoca, á quienes se obligó los recibiera sin excusa ni pretexto.

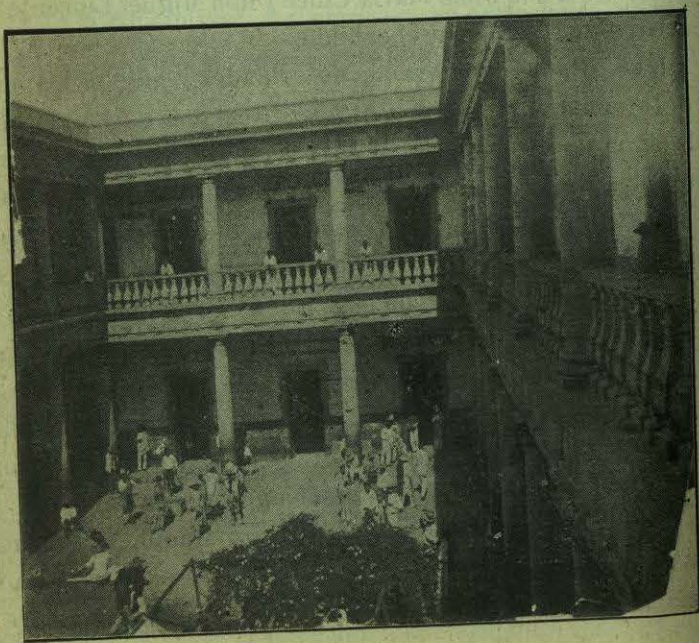
A las 9 de la noche del día 2 de octubre, dieron á Hidalgo la noticia de que había llegado Calleja á Valenciana, donde había hecho pasar á cuchillo mucha gente, sin perdonar ni á las mujeres ni á los niños: el cura hizo iluminar la ciudad, mandó tocar generala y salió personalmente con la tropa que pudo reunir y sus oficiales al encuentro de Calleja, pero re-

1. Bustamante. Cuadro histórico.

sultando falsa la noticia, regresó luego á Guanajuato; al día siguiente salió con tropa para San Felipe, donde decían que estaba Calleja; pero regresó á los tres días, por no haberlo encontrado. En esta expedición sólo llegó Hidalgo á Dolores, donde permaneció dos días, mientras su ejército avanzó hasta la hacienda de la Quemada.

Hidalgo estableció en Guanajuato una casa de moneda para acuñar la plata en pasta, la que puso en la hacienda de San Pedro, y la puso bajo la dirección de don Francisco Robles, los troqueles los hizo un joven herrero, que había en Guanajuato, muy hábil para el grabado en acero, y como operarios puso á unos presos que lo estaban por monederos falsos y habían sido puestos en libertad, con todos los demás que había en la cárcel, por los insurgentes.

Estableció también una fundición de cañones bajo la dirección de don Rafael Dávalos, alumno de minería del colegio de México, á quien le dió el empleo de capitán de artillería con el grado de Coronel. Los cañones resultaron muy imperfectos y al más grande de ellos lo bautizaron con el nombre de "Defensor de América," fabricaron, también, por falta de



GUANAJUATO. INTERIOR DE LA ALEÓNDEGA DE GRANADITAS.

metal, algunos cañones de madera reforzados con cinchos de hierro.

Don Mariano Jiménez, colegial de minería que estaba empleado en Valenciana, formó un batallón con los empleados y mineros de aquella mina, y con él se le presentó á Hidalgo, quien lo nombró coronel.

El día 8 de octubre salió para Valladolid la vanguardia del ejército de Hidalgo, compuesta de 3,000 hombres al mando del coronel don Mariano Jiménez, y el día diez salió Hidalgo con todo el resto de su gente, llevándose todo el dinero que había reunido y 28 españoles, que estaban sanos, de los prisioneros hechos en Guanajuato, y los restantes los dejó en Granaditas custodiados por una compañía de lanceros del regimiento de aquella ciudad, con orden de que los trataran de la mejor manera posible, siendo el número de estos presos 247, el cual número se completó con los que después se fueron aprehendiendo.

Hidalgo, en su marcha á Valladolid pasó por Irapuato, Salamanca, Valle de Santiago, Salvatierra, Acámbaro, Zinapécuaro, Indaparapeo y Charo, hasta la garita del Zapote,¹ y entró en Valladolid sin ninguna resistencia, siendo recibido con gran júbilo por todo el vecindario, saliendo á recibirlo hasta las mujeres y los niños.

Cuando se supo en Valladolid el movimiento de Hidalgo en Dolores, se pensó en defender la población: se comenzaron á formar compañías de vecinos para que unidos al regimiento provincial de Pátzcuaro, se encargaran de la defensa; y se fundieron cañones con el metal de un esquilón que se bajó de las torres de la catedral; pero, al saberse que el coronel García Conde, jefe de las armas, el intendente Merino, y Ruiz que iban en camino para aquella ciudad, habían sido aprehendidos, al llegar á Acámbaro, por el torero Luna, se desistió de la idea de defenderse y entró la desmoralización, y sólo pensaron en ponerse en salvo, yéndose á México el Obispo Abad y Queípo, don José Alonso Terán, que funcionaba de intendente, varios canónigos y los más españoles de aquel vecindario, más, como el camino de México estaba ocupado por las fuerzas de Hidalgo, tuvieron que hacer un gran rodeo para

1. Sotelo, relación citada.

llegar á la capital; don Agustín Iturbide, sólo salió con setenta hombres de su regimiento, únicos que quisieron seguirlo; Hidalgo le mandó proponer el empleo de teniente general; pero no quiso admitirlo y siguió su marcha hasta México donde se presentó al virrey.

Al aproximarse Hidalgo, salió á recibirlo, hasta Indaparapeo, una comisión compuesta del canónigo Betancour, del capitán José María Arancibia y del regidor don Isidro Huarte.

El día 15 de octubre entraron á Valladolid las primeras fuerzas insurgentes al mando del coronel Rosales; el 18 entró Jiménez con la vanguardia, y el 17 Hidalgo, con el grueso de su gente, siendo recibido con repiques y toda clase de demostraciones de regocijo público.

No hubo saqueo ni desorden alguno en la entrada de Hidalgo, pero el día que se celebró, con gran solemnidad, la misa en acción de gracias, los indios se echaron sobre las casas de algunos españoles y no habiendo bastado la presencia de Allende para contener el desorden, mandó este jefe disparar un cañón lo que dió por resultado la muerte de algunos de los revoltosos, y con esto terminó el desorden; pero volvió á comenzar, porque habiendo muerto algunos indios á consecuencia de los desórdenes que cometían, comiendo con exceso toda clase de frutas y golosinas, y bebiendo aguardiente en gran cantidad, corrió la voz de que estaba envenenado el aguardiente de una tienda, pero Allende, para probarles que no era cierto que estuviera envenenado el aguardiente, se tomó un vaso de él á la vista de todos, con lo que se calmó el desorden.

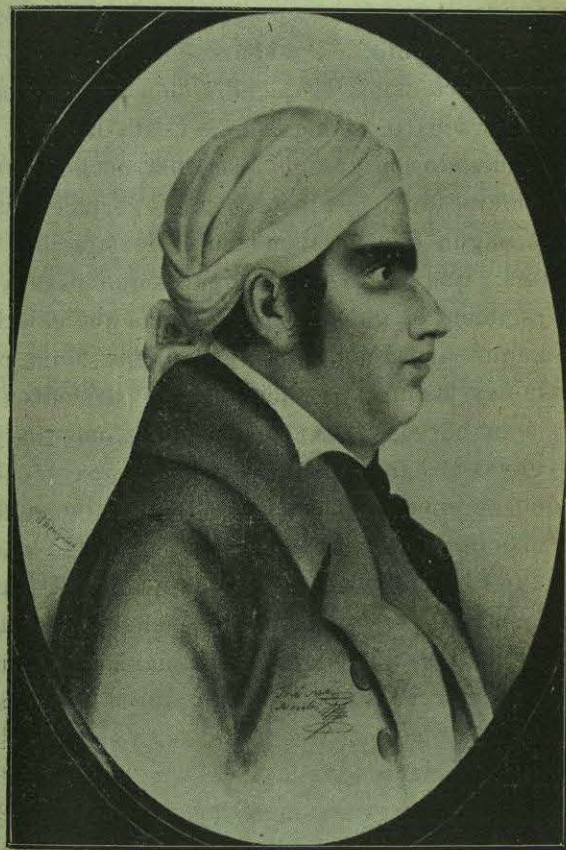
A la salida del obispo quedó encargado del gobierno de la Mitra el canónigo Conde Sierra gorda, quien levantó á Hidalgo la excomunión que le había impuesto el obispo.

En Valladolid se le unieron á Hidalgo las ocho compañías que se habían levantado, el regimiento provincial de infantería, compuesto de dos batallones y el regimiento de dragones de Pátzcuaro.

De cuatrocientos doce mil pesos que había de existencia en las arcas de catedral, tomó los cuatrocientos mil, dejando el resto para los gastos de la iglesia.

Nombró intendente á don José Mariano Anzorena, miembro de una respetable familia.

México tenía corta guarnición, é Hidalgo contaba en la capital con numerosos partidarios, circunstancias que quiso aprovechar, cayendo sobre la capital del virreinato, antes de que pudiera ser auxiliada por Calleja y Flon, y con tal intento dió orden de marcha y salió al frente de un numeroso ejército, rumbo á México el día 19 de octubre.



DON JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN,
CURA DE NUCUPÉTARO.

El mismo día que salió de Valladolid, fue alcanzado en Charo por el cura de Carácuaro don José María Morelos y Pavón, quien: "habiendo tenido noticias en su curato de Carácuaro por don Rafael Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe que se había movido una revolución en el pueblo de Dolores y la acaudi-

Uba su cura don Miguel Hidalgo; con cuyo motivo vino á informarse de los motivos que le obligaban á aquel movimiento, y habiendo alcanzado á Hidalgo en Charo le previno que lo acompañara hasta Indaparapeo, en donde le dijo que los motivos que tenía para aquel movimiento ó revolución eran los de la independencia que todos los americanos se veían obligados á pretender, respecto á que la ausencia del rey en Francia les proporcionaba coyuntura de lograr aquélla,¹ y habiendo estado Morelos conforme con el plan que defendía Hidalgo, le ofreció su ayuda, la que fue aceptada por este y le extendió el siguiente nombramiento: "Por el presente, comisiono en toda forma á mi Lugarteniente el Bachiller don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la Costa del Sur, levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado." Las instrucciones verbales que recibió Morelos, según dice él mismo en su declaración, fueron las siguientes: "que por todos los lugares que pasara, se encargara y recibiera el gobierno y las armas que existían, encargando á aquél nuevamente al sujeto que lo tenía, no siendo europeo, bajo las circunstancias que le parecieren, y que siéndolo, le embargase sus bienes para fomento y pago de tropas, cuyas circunstancias debía observar con cualquier europeo que aprehendiese, remitiendo su persona á la intendencia más inmediata. Que también le encargó la toma de Acapulco, cuyo objeto, como principal le obliga á Hidalgo á darle la comisión por el rumbo de la costa del Sur. Igualmente le previno Hidalgo que los europeos, habían de ser confinados, dando lugar á los casados para que se reuniesen con sus familias, para que cada uno marchase á su tierra, ó alguna isla que se destinaría"².

Terminada esta entrevista de los dos grandes caudillos, se separaron para ya no volverse á ver jamás. Morelos se marchó al Sur á cumplir con su comisión é Hidalgo continuó su marcha hacia Acámbaro, en donde pasó una revista general á su ejército, el que ascendía á más de ochenta mil hombres, de caballería é infantería, los que dividió en regimientos de mil hombres cada uno.

1. Tomado textualmente de la declaración que rindió Morelos en su causa.

2. Declaración de Morelos ya citada.

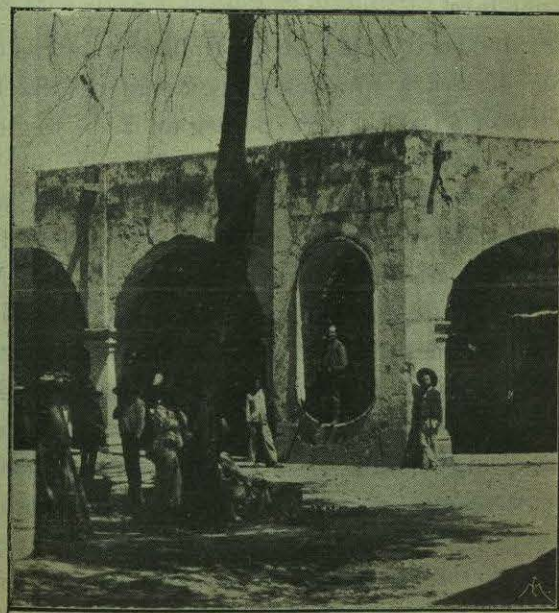
En Acámbaro, fue proclamado Hidalgo, Generalísimo: y con este motivo se nombró á Allende Capitán General; y Aldama, el P. Balleza, Jiménez y don Joaquín Arias, fueron nombrados tenientes generales; Abasolo, Ocon, los dos Martínez y otros varios, fueron nombrados mariscales de campo. Se ofreció el empleo de coronel á todo el que presentase mil hombres.

A los coroneles y capitanes de caballería se les asignó un sueldo de tres pesos diarios, los soldados de caballería, un peso y á los de á pié cuatro reales.

Se solemnizaron estos ascensos con repiques, salvas y una misa solemne en acción de gracias y Te-Deum á lo que concurrieron todos los ascendidos con los nuevos uniformes correspondientes á sus nuevos grados.

Hidalgo, como generalísimo, vestía de azul con collarín, y vueltas y solapa encarnada, con un bordado muy menudo de plata y oro, un tahalí negro también bordado, y todos los cabos dorados, y una grande imagen, de oro, de Nuestra Señora de Guadalupe, colgada en el pecho.

Allende, como capitán general, vestía chaqueta azul de



ACÁMBARO, CASA DONDE SE ALOJÓ HIDALGO.
En la ventana que se ve en forma de óvalo fue donde se paró Hidalgo á arengar al pueblo.

pañío con collarín, vuelta y solapa encarnada, galón de plata en todas las costuras, y un cordón en cada hombro que dando vuelta en círculo se juntaban por debajo del brazo con botón y borla colgando hasta medio muslo: los tenientes generales y mariscales de campo portaban el mismo uniforme, pero con un sólo cordón el que en los primeros pendía del hombro derecho y en los segundos del izquierdo.

Los brigadieres, á más de los tres galones de coronel, un bordado muy angostito¹.

Después de la misa arengó Hidalgo al pueblo, exponiendo en su discurso los motivos y objeto de la revolución.

Al día siguiente, salió todo el ejército insurgente para Maravatío y allí se le presentó á Hidalgo, el Lic. don Ignacio Antonio Rayón, á quien nombró secretario de su gobierno.

De Maravatío siguió Hidalgo su marcha por la hacienda de Tepetongo á San Felipe del Obraje y allí lo alcanzaron las piezas de artillería que había mandado construir en Guanajuato las que iban montadas en las ruedas de los coches de los españoles. Los conductores de las piezas, llevaron la noticia de que Calleja había pasado por Dolores y que se le había unido el Conde del Jaral.

El Conde del Jaral era amigo de Hidalgo y estaba comprometido con él para la revolución, de donde resulta que, habiéndose unido á Calleja para perseguir á los insurgentes, fue el primer traidor á la causa nacional.

De San Felipe siguió Hidalgo por la hacienda de la Jordana é Ixtlahuaca hasta Toluca, en donde permaneció dos días.

Mientras Hidalgo efectuaba su marcha triunfal de Valladolid á Toluca, pues de tal podemos calificarla, puesto que en todas las poblaciones que tocó en su tránsito se le recibía con entusiastas muestras de regocijo y se le incorporaba gente. el virrey Venegas, sabedor de que Hidalgo se dirigía á la capital destacó una columna para que lo contuviera, la que formó de dos batallones, de ochocientos hombres cada uno, del regimiento provincial de Tres Villas al mando de su mayor don Jose de Mendivil, natural de Veracruz, y algunos dragones de España, nombrando jefe de esta división al teniente

1. Relación del coronel don Diego García Conde.

2. Relación de Sotelo.

coronel don Torcuato Trujillo, á quien solicitó se permitiera le acompañara don Agustín de Iturbide que se encontraba en México.

El día 27 de octubre salieron de México estas fuerzas rumbo á Lerma y, dos días después, recibieron un refuerzo que les mandó el virrey, consistente en dos cañones de á 4 dirigidos por el teniente de navío don Juan Bautista de Ustáriz, los que iban escoltados por cincuenta voluntarios al mando del capitán don Antonio Bringas, y los mulatos de las haciendas de don Gabriel de Yermo, y de don José Manzano, armados de lanzas: con tal auxilio quedó el pequeño ejército compuesto de mil infantes, dos piezas de artillería y cuatrocientos caballos, total, poco más de mil cuatrocientos hombres.

Con esta fuerza tomó posesión Trujillo del puente grande de Lerma y de la orilla del río; más como los insurgentes no se presentaron en todo el día 28, sospechó que se habrían dirigido al puente de Atenco para atacarlo por la espalda y cortar la retirada, cubriendo el único camino, por donde podía regresar á la capital y, por tal motivo, se retiró con la infantería y artillería al monte de las Cruces, dejando parte del batallón de tres villas al mando de Mendivil y un piquete de dragones de México al mando de Bringas.

Entre tanto Hidalgo, que tuvo noticia de la posesión que guardaba en Lerma el ejército español se dirigió de Toluca á Santiago Tianguistengo, para pasar el río por el puente de Atenco y envolver á Trujillo.

En Tianguistengo se le presentó un inglés á Hidalgo, diciéndole que lo habían llevado allí unos españoles que se habían retirado para México para que hiciera unos cañones, que él sabía hacerlos y le ofrecía sus servicios, los que fueron aceptados, y previo juramento de fidelidad, se le nombró mayor de artillería¹.

El día 30 los exploradores de Hidalgo le dieron parte de que se habían tiroteado con una avanzada de los españoles y que el grueso de la fuerza enemiga esperaba en el monte de las Cruces, cuya noticia confirmaron un prisionero y dos heridos que llevaron los exploradores; el prisionero informó á Hidalgo del número de fuerzas con que contaba Trujillo, así

1. Relación de Sotelo.

como que sólo tenía dos cañones, Hidalgo que recibió este aviso ya sobre la marcha, mandó hacer alto, indultó al prisionero y mandó que todos los que tenían armas de fuego se reunieran con la artillería y que marcharan á la vanguardia, luego los de honda y arma blanca y á la retaguardia el cargamento resguardado con bastante gente¹.

Como á las ocho de la mañana comenzaron á tirotearse con las guerrillas y á las diez llegaron al monte donde se encontraba Trujillo y comenzó la batalla formando los insurgentes su columna de ataque con la artillería y en los flancos la infantería y caballería y después de un reñido combate que duró hasta las cinco de la tarde los españoles se retiraron en desorden, dejando abandonados sus dos cañones, un carro de parque, armas, multitud de muertos y algunos prisioneros.

Dirigió la batalla Allende quien se portó con sumo valor, estando siempre en los sitios de mayor peligro, motivo por el cual le mataron el caballo. Y la artillería, que tan útil fue, estuvo al mando de Jiménez.

Los insurgentes perdieron mucha gente especialmente de los indios que se presentaban en masas compactas y eran barridos por la metralla.

Siguió Hidalgo su marcha hasta la Venta de Cuajimalpa, á donde llegó con la vanguardia como á las ocho de la noche, y al llegar á la Venta, mandó disparar dos cañonazos para ver si el enemigo estaba allí, pero este había avanzado hasta Santa Fe.

A las dos de la mañana llegó á la Venta la retaguardia del ejército insurgente, y apenas amaneció, mandó Hidalgo una comisión á la Capital compuesta de Jiménez, Abasolo, el P. Balleza y Montemayor, la que salió en un coche que llevaba una bandera blanca é iba escoltado por un piquete de caballería; por la tarde del mismo día 31, llegaron los comisionados á México, pero la avanzada que estaba en Chapultepec no los dejó pasar, y les fue preciso remitir de allí el pliego que llevaban de Hidalgo con orden de entregarlo en propia mano al virrey, quien, sin abrirlo, se los devolvió sin otra respuesta que mandar decir que se volvieran los parlamentarios.

El pliego que llevaban los emisarios de Hidalgo decía á la letra:

1. Sotelo, relación citada.

“La religión, la patria y la constitución nacional, amenazada del mas lamentable trastorno, nos han decidido á emprender la independencia de esta América; y tratando de llevar adelante este sistema, le comunicamos á V. S. para que instruídos en él todos los habitantes de esa ciudad, así patricios como europeos, se decidan por nuestra justa y recomendable causa, ó manifiesten su oposición, en la inteligencia que de aquella manera, los primeros serán tratados como nuestros hermanos tiernamente amados, y del mismo modo los segundos (los europeos) todos aquellos que no pusieren obstáculo á la felicidad de nuestro suelo.”

“Dios guarde á U. S. muchos años.”

“Campamento de Ixtlahuaca, 28 de Octubre de 1810.—*Miguel Hidalgo.—Ignacio Allende.*¹”

El mismo día en que los emisarios fueron á México, Hidalgo mandó levantar el campo y pasó revista á su tropa la que encontró muy mermada.

Por la tarde regresaron los comisionados con la noticia de haber sido desairados por el virrey.

El día siguiente, primero de noviembre, levantó Hidalgo su campamento y contramarchó hasta Lerma, donde pernoctó; el día dos llegó á Ixtlahuaca y al siguiente salió rumbo á Querétaro por Arroyo Zarco, pero como á las dos de la tarde recibió noticia por sus exploradores de que Calleja se encontraba en aquella población con una respetable fuerza y mandó hacer alto, acampando en lugar despoblado, en donde pasó aquella noche, y al siguiente día preguntó Hidalgo que población había por allí cerca y le dijeron que San Jerónimo Aculco, pequeña población situada entre dos lomas, y se dirigió á ella á donde llegó poco antes de oscurecer.

Al siguiente día se pasó revista y se dio orden de alistar las armas, y se resolvió esperar allí á Calleja; y estando comiendo los generales, como á la una de la tarde, llegó la avanzada del Norte, avisando que el enemigo se aproximaba, por lo que dispuso salir á su encuentro y atacarlo; pero como se supo después que era solo una guerrilla la que por ahí andaba, se mandó que la tropa se acuartelara en el pueblo y se dispuso presentar la acción sobre la loma que está al Norte y se

1. Castillo Negrete, “México en el Siglo XIX” T. II, pg. 181.